

CAMPO ALANGE

(ESCELENTÍSIMO SEÑOR CONDE DE).

Don José Negrete, conde de Campo Alange, nació en el Corral de Almaguer en el año de 1812 : despues de haber pasado algunos años en el colegio del señor Garriga, donde se distinguió desde su mas tierna infancia por su talento y aplicacion, continuó sus estudios en Paris al lado de su familia, donde se dedicó especialmente á las matemáticas y al dibujo militar, mostrando ya desde sus primeros años una inclinacion decidida á la carrera de las armas, que tan funesta debia serle algun dia; el conde de Campo Alange era soldado por vocacion. En 1831 obtuvo licencia del gobierno frances para asistir, como agregado al estado mayor, á todos los trabajos del sitio de Amberes, dirigido por el mariscal Gerard, donde hizo con una constancia ejemplar, y un arrojo que muchas veces estuvo á punto de costarle la vida, sus primeros estudios prácticos en el arte de la guerra. De aquel memorable sitio publicó algunos años despues, hallándose ya en Madrid, una relacion circunstanciada y llena sin embargo de interes y de poesía, en el periódico titulado *el Artista*, donde se hallan consignados casi todos los trabajos literarios de aquel malogrado jóven.

Apenas resonó en las provincias Vascongadas el primer grito de rebelion contra la heredera del trono español, se apresuró el conde de Campo Alange á consagrar á su patria, que idolatraba, y á la libertad, de que era entusiasta, su vida y su hacienda; hízolo así en efecto partiendo en calidad de voluntario para el ejército del Norte, donde pronto recibió un balazo en el pecho que le valió la cruz laureada de San Fernando que le puso el general en jefe al frente de banderas, y donde poco tiempo despues recibió tambien en el pecho la terrible herida que causó su muerte en medio de crueles dolores el dia 12 de diciembre de 1836, en uno de los sangrientos encuentros que precedieron al ataque general de Bilbao. El valor que mostró en este funesto combate, el empeño con que solicitó hallarse en él, como siempre lo habia solicitado en todos los puntos donde hubiese peligros que arrostrar y gloria que conseguir, le adquirieron el grado de coronel con que bajó al sepulcro.

En su lecho de muerte, al decir un eterno á Dios á este mundo en que pasó tan pronto, pero en el que su memoria durará mucho tiempo, sus últimos pensamientos fueron para los heridos del ejército, á quienes legó la mayor parte de sus bienes libres, granjeándose así para despues de su muerte las bendiciones de los desgraciados.

En medio de los cuidados y fatigas de la guerra, el conde de Campo

Alange se ocupaba con ardor en reunir materiales para una historia de los sucesos de España desde la muerte del rey don Fernando VII; historia utilísima que le hubiera colocado en la clase de uno de nuestros primeros escritores, porque este jóven reunia á un gusto delicado en literatura una erudicion nada vulgar, una extraordinaria rectitud de juicio, y un tacto singular para juzgar de los hombres y de las cosas. Sus artículos insertos en la *Revista española* con el título de *Consideraciones sobre la guerra del norte*, son una prueba de su laboriosidad, de su incansable celo por la causa pública, y de su alta capacidad intelectual. Sus trabajos de amena literatura, de los cuales la mayor parte solo son conocidos por algunos amigos íntimos del autor, revelan una sensibilidad esquisita, y un gran talento sostenido por excelentes estudios.

RECUERDO DE SEVILLA.

EL GUADALQUIVIR.

Es en el dia una de las partes integrantes de la educacion de un jóven de alto nacimiento el viajar al menos por espacio de ocho ó diez meses, ó como en términos vulgares suele decirse, salir á *correr córtes*: cosa que por lo general se gradua de tanta importancia como hablar frances, cantar italiano, y pintar á la aguada lo bastante para poderse colocar familiarmente en los *albums* al lado de las primeras notabilidades artisticas. Un viaje es el complemento de la educacion. Ni importa un bledo que esta se halle aun por empezar, pues todo lo suple el viaje. Es un barniz de tal naturaleza, que da color á lo que no tiene forma. Vivimos en un siglo de movimiento: vivimos á escape: las luces se comunican por medio de las diligencias, y para alcanzarlas, fuerza es desempedrar los caminos. ¡ Jóvenes, viajad!

Pero no perdais de vista que no en todas partes ha concedido Dios á los viajes el poder casi miraculoso que acabamos de reconocer en ellos. No en todas las tierras brotan con igual abundancia y robustez nabos suculentos: no todos los paises son para vistos de cerca. Por ejemplo: si á un jóven bien educado y de instruccion no despreciable le preguntasen: — ¿Ha viajado usted? — podría contestar sin sonrojarse: — He recorrido toda Castilla la Vieja; si señor, y la tierra clásica de los chorizos, que fecunda el Guadiana, y el pais de los gallegos, en que se fabrican las mejores gaitas del universo: me he bañado en el rio Patute y he sudado el quilo en los arenales de la Mancha. — Porque, en resumidas cuentas, ¿qué otras cosas mas notables pudiera citar de aquellas provincias? Es, pues, claro hasta la evidencia, que hay que salir de España. Francia, Italia, Turquía, Portugal, todo es bueno para el intento: que en sabiendo dar razon de la *Bolsa* de Paris, de la *Scala* de Mi-

lan, de los palacios de *Ayuda* y *das Necesidades*, y aunque sea del de *Tapadinha*, de Portugal, sobrada necedad seria pedir noticias de los corrales arruinados de Mérida, ó de los rancieros edificios de Búrgos y de Toledo, fábricas desordenadas, que no son de nuestro siglo, ni por su construcción, ni por su destino en general. En buen hora recorran los maniáticos y casi locos extranjeros nuestras provincias en rocines incómodos montados, llenándose en las ventas de miseria y ayunando la mayor parte del tiempo, ó contentándose con pan, agua y vino: vino que llena á pedir de boca todas las condiciones de un extracto de pez escelente: en buen hora se dejen robar gustosos, y aun apalea en los caminos, para tener luego la estéril satisfacción de describir un encuentro con ladrones españoles, y poner aquello del escapulario sobre el pecho, la moza al lado y en las manos el trabuco naranjero: sigan por luengos años gastando sus pesetas en libretes antiguos, aumentando así considerablemente el consumo de papel de estraza; y llévense todos esos cuadros viejos, que ni para tapar las gateras de los desvanes tomariamos, aunque de balde nos los diesen: que, en cambio de esto, nosotros sacaremos precioso papel pintado con que engalanar nuestros salones, y coches elegantes, y lanas, el día que truenen las ganaderías de Estremadura: y cuando hayan consumido largas vigilias en el estudio de nuestra historia, en la indagación de las causas de nuestra decadencia y de los medios de levantarnos del estado en que yacemos postrados, nosotros traduciremos sus obras, y boníticamente, con nuestras manos lavadas y la cabeza fresca, nos apoderaremos de su trabajo. Esto se llama tener astucia. Por otra parte, ¿no es cosa que en gran manera debe halagar nuestro orgullo nacional el ver copiadas en los periódicos españoles las noticias estadísticas sobre la península, á duras penas compiladas por extranjeros autores?...

Estas reflexiones y otras no menos amargas, que omito por no ser molesto á mis lectores, me ocurrían aun no ha mucho tiempo, recostado sobre la barandilla del barco de vapor, y contemplando maquinalmente las aguas amarillentas del Guadalquivir, que, azotadas por las paletas, hervían á los dos lados de la embarcación, formando hondos surcos que á larga distancia detras de ella se borran. Y para alegrarme algun tanto y desecher los melancólicos presentimientos que me asaltaban, fijaba mas particularmente la atención en el paisaje apacible, que por do quiera á nuestra vista se ofrecía y variaba por instantes. Entonces, los bosques frondosos de naranjos, los solitarios y melancólicos olivares de las colinas, la tierra cubierta de una pingüe cosecha y las numerosas vacadas y rebaños, que acosados por el ardor de la canícula bajaban á refrescarse en el gran río, no podían menos de traerme á la memoria los Campos Eliseos de la antigüedad. Mas por mis pecados, al punto mismo me veía rodeado de las ninfas del padre *Bétis* de los rancieros modernos, las cuales me perseguían y atormentaban como

una pesadilla, como un remordimiento, sin darme tregua, ni dejarme permanecer un solo instante en el mundo ideal que tan á placer mio me forjaba. Cuando por esa sublime prerogativa del hombre, que le permite evocar las ya desaparecidas generaciones, y darles vida y movimiento, y borrar los siglos que separan el *antes* del *despues*, lograba yo trasladarme á tiempos de recordación feliz, y embelesado contemplaba el Guadalquivir en todas direcciones cubierto de blancas velas, de naves romanas que á la poderosa Itálica subían, de galeones españoles, que, despues de conquistar un nuevo mundo, henchidos de gloria y de botín á su patria regresaban; á lo mejor veía asomar en medio de la corriente una comparsa grotesca de viejos sudando cieno, de ninfas con la pierna airosa vestida de escamas, y finalmente, de muchachos carrilludos y abotagados, con cuernos y caracoles en las manos, con los cuales hubieran podido convocar en breve rato todas las piaras de la provincia. Entonces; á Dios ilusión! Callaba la historia y empezaba la poesía, la poesía clásica, la bucólica. Ya no se oía sino *Bétis* por arriba, y *Bétis* por abajo, con la añadidura de *padre* (que señor de tantas barbas por fuerza ha de ser casado), pues mal pudiera *el lenguaje poético* tolerar un nombre tan bárbaro como *Guadalquivir*, un nombre que tiene demasiado sabor á africano para poder conciliarse con las dulzuras de la edad de oro, de la edad de las églogas y de los idilios.

Arrojado de un terreno, no me quedaba otro recurso que buscar asilo en otro. Sentábame en uno de los bancos de la cubierta, y mis compañeros de viaje me servían de entretenimiento. Era una verdadera enciclopedia.

Muchos son poetas sin saberlo: todos *cometemos tropos* sin pensarlo. Digo esto, porque en frente de mi estaba sentada una persona, echándose aire con un inmenso abanico que agitaba el ala anchísima de su sombrero de tafetan verdegai, haciéndola subir y bajar como los párpados temblones de un viejo á cuyo lado están enclavando un madero á fuerza de duros martillazos. Y esta persona vestía faldas, y hablaba de un su marido; pero á mi nadie me persuadirá de que, al llamar muger á un ser que gasta bigotes y posee una voz gruesa y estentórea, no se comete un tropo, una *sinécdoque*, una *metonimia*, ú otra cualquier figura que consista en tomar una cosa por otra.

En el un extremo del mismo banco estaba un hombre de la clase pobre del pueblo, largas las barbas, enjuto y atezado el rostro, rostro de hambre y de miseria, que tenía cuidadosamente envuelto en su capa parda llena de remiendos un bulto, que ni un solo instante dejaba de sus brazos: y este bulto se agitaba y gemía; era un niño de cuatro meses, fresco y sonrosado como un capullo á medio abrir. Su padre, de cuando en cuando, sacaba una redomita llena de leche y poniéndosela en los labios, le hacía olvidar la ausencia del pecho materno. Ocurrióme al instante que la madre

habría dejado de existir recientemente, ó que habría caído enferma, y así se lo indiqué al hombre: pero éste me contestó que pocas horas antes la había dejado en Cádiz buena y contenta, criando otro niño.

—¿Luego han sido gemelos? — No, señor: el que está criando es un niño ageno, un niño que vale dinero. — ¿Es posible? — ¡La hambre! señor, ¡la hambre! ¡... y la aspiración andaluza con que pronunciaba la *h* daba una energía singular á aquella palabra, de suyo tan espresiva. — ¿Y esta criatura? pregunté, señalando al niño que en sus brazos reposaba. — A este le buscaremos una no-driza barata. — Aquel hombre calculaba...

Junto á él dormía con una tranquilidad verdaderamente patriarcal un reverendo franciscano, reclinada sobre el pecho la cabeza y cruzadas ambas manos sobre la protuberante barriga, como el asa de un gran canasto. ¡Qué contraste para un observador! El hombre laborioso, el hombre útil, el padre de familia, llenando, además de sus deberes, los no menos penosos del sexo débil; y á su lado, el hombre sin cuidados, sin vinculos sociales, el fraile. Sudor, angustias y miseria el primero: saludable reposo de cuerpo y de espíritu el segundo.

Un majo andaluz, poblada la garganta de una espesa y negrísima matorrera, terciado en la cabeza el desairado *capirucho*, enredando con un hermoso perro perdiguero; un urbano con su chaqueta blanca y botones negros; un capitán escedente destinado á las compañías de peseteros; dos mugeres en sendos pañolones metódicamente envueltas, cual si en el mes de julio y en Andalucía temiesen coger una pulmonía; un loro en su jaula de hoja de lata, el piloto con el timón, y finalmente, un mono vestido de húsar, que tenían en continua alarma las visitas del perdiguero, completaban el grupo que á mi vista se ofrecía. Y debo observar, en prueba del prodigioso instinto de los monos, que, no obstante la conocida afición que al bello sexo tienen estos remedos del hombre, el que estaba en nuestra compañía ni una sola vez, durante todo el viaje, tuvo la osadía de dirigir miradas amorosas á la dama del sombrero verde; antes bien, cuando esta se le acercaba para hacerle alguna caricia, el húsar se amohinaba y encogía, y ponía los ojos casi en blanco y en descubierto las bien previstas quijadas, cuyo castañeteo era indicio no equivoco de lo poco sensible que era al femenino encanto de la afectuosa matrona. Mas ¿qué mucho? el militar no había saludado la retórica, y no era entendido en eso que llaman *cometer tropos*.

De un solo personaje me resta hablar, el cual por su movilidad se multiplicaba hasta el punto de hacer parte de todos los grupos casi á un mismo tiempo. Escribía, y dibujaba, y molía con preguntas á los concurrentes. No divisábamos un edificio, una choza, por ruin que fuesen, cuyo nombre no preguntase, sin que fuesen poderosas á poner coto á su curiosidad las poco satisfactorias contesta-

ciones que por lo comun recibía: esto, cuando alguna le daban, que no era siempre. Bastante llevo dicho para que la mayor parte de mis lectores conozcan que no se trata de un compatriota nuestro. Los monosilabos que de cuando en cuando dirigía á su amigo y compañero el mono húsar, acababan de revelar su origen ingles.

Las horas que llevábamos de travesía y la angostura progresiva del río eran ya indicio de la corta distancia que de Sevilla nos separaba. La conversacion se iba animando por instantes, y giraba especialmente sobre esta hermosa ciudad.

—¿Hay muchos puentes en Sevilla? dijo el ingles. — Uno de barcas, contestó la señora de las barbas: el río es tan caudaloso que sería imposible hacer uno de piedra. — ¿Caudaloso aquí? repuso el breton; mucho mas lo es el Tamesis en Lóndres, y tiene puentes magníficos, y tiene lo que no hay en toda Europa, el *Tunnel*. — ¡Bah! exclamó el majo, arrojando por las narices dos mangas de humo comparables á la que del negro cañon de la máquina se desprendía, y exhalando al mismo tiempo por los ojos, por las patillas y por todas las porosidades de su cara una densa neblina. ¡ah! ¡ah! ¡too..... neles!!! y movía irónicamente la cabeza en ademán afirmativo; apuesto cuanto tengo, y el doble además, á que en ninguna parte del mundo se fabrican toneles mas bien acabados que en Jerez — ni mejores — añadió despues de un pequeño silencio, queriendo añadir una razón poderosa á las que llevaba espuestas. — Este caballero, dijo el capitán del barco, que acababa de agregarse á nuestro corrillo, habla de un puente subterráneo que pasa por debajo del Tamesis, y tiene por nombre el *Tunnel*: obra colosal, sin duda alguna, mas no la primera que se ha imaginado y aun acaso ejecutado en este género, como el señor cree. Quizá en este mismo instante estemos navegando encima de otra igual. — ¿Cómo? ¿sería posible? ¿usted la ha visto? ¿de dónde sale? ¿adónde va? ¿cómo se llama? Esta granizada de preguntas del ingles hizo sonreír al capitán, el cual, despues de una corta pausa, contestó: — Yo no he visto este subterráneo, ni creo que persona alguna de nuestros tiempos pueda jactarse de haberlo hecho. Ni se figure usted que la facilidad de esta visita está en relación directa del interés que presenta, pues la mayor decisión para arrostrar todos los obstáculos, todos los peligros, no sería bastante para hacer dar muchos pasos dentro de él. Sabemos su existencia por lo que refiere la tradición, por lo que nos ha dejado el erudito Rodrigo Caro, y finalmente, por algunos arranques que debajo de varias casas de la *calle Abades* aun en el día se conservan. Descubrióse por primera vez en 1298, abriendo unos cimientos en esta calle, y despues, á principios del siglo xvii, el curioso escritor de Sevilla de quien ya he hecho mención intentó registrarlos y aun logró internarse algun tanto en compañía de buenos arquitectos, los cuales opinaron que la obra debía contar mas de tres mil años

de antigüedad. Los trozos de ella, que en diferentes puntos se conservaban, eran indicio del considerable espacio que envolvian sus ramales. La descripción que Caro nos ha dejado manuscrita es bastante minuciosa, y sirve hasta cierto punto para dar una idea de la interior estructura de este vastísimo edificio, de la construcción material de sus paredes; pero no rompe el misterio que envuelve á nuestros ojos su fundación y su destino. Tal era la cantidad y la intrincada distribución de las calles ó cañones que encontró Rodrigo Caro, que comparó este subterráneo al famoso laberinto de Creta. Muchos ramales terminaban en unos huecos ó capillas de bóveda. Ya en tiempo de este escritor se hallaban frecuentemente interrumpidas estas galerías por las paredes que, al abrir pozos los dueños de las casas vecinas, habían construido para proseguir su obra. En el día á estos obstáculos se han añadido desmoronamientos y cimientos de nuevas construcciones, y otros obstáculos que hacen infructuosa cualquier tentativa del curioso. La tradición añade que este inmenso subterráneo tiene por debajo del río una comunicación secreta con San Juan de Alfárrache, que es el pueblo que hace un pequeño rato á nuestra izquierda descubrimos, tan agradablemente situado en la márgen del Guadalquivir, coronado de huertas y de olivares.

Suspense estuvo el inglés todo el tiempo que duró esta explicación, y su única contestación fué: — ¡Yo he de verlo!

Ya en esto empezaban á quebrar el horizonte algunos edificios, asomando sus cimas desiguales, como árboles medio cubiertos por una inundación que empieza á perder sus aguas, y creciendo por instantes, aclarándose y uniéndose sus partes, descubriendo la trama de la gran capital de Andalucía. Inútil será decir que la torre de la catedral fué lo primero que á nuestros ojos y á nuestra admiración sirvió de blanco; pues, de cualquier lado que se mire Sevilla, siempre sobre ella, como un ángel tutelar, se divisa la blanca y airosa aguja, que á cierta distancia no parece sino una delgada y altísima columna.

Luego, al torcer el río, á nuestro frente descubrimos en la derecha márgen una torre al parecer redonda, coronada de otra mas pequeña, con almenas ambas y al estilo árabe. Sus dimensiones nada tienen de notable: pero no puede prescindirse del gracioso conjunto que presenta, destacándose su blanca y vaporosa mole sobre las tintas sombrías de una vegetación sevillana, y resbalando á sus piés las aguas bullidoras del río, que en otros tiempos lamian las piedras de su base, pero que ya en el día se han retirado á algunas varas de distancia. Esta es la *Torre del Oro*. Su aspecto es realmente oriental. No obstante, su origen es indudablemente romano; pero en sus contornos no se observa la formidable cuadratura de las construcciones de la época á que pertenece, ni en pequeña parte contribuyen á quitarle todo carácter romano la torrecilla y los balcones que le han sido añadidos posteriormente.

Consta de doce lados y no de ocho, como equivocadamente ha dicho Alejandro de Laborde en su *Itinerario descriptivo de España*. Cual sea el origen de su nombre, no se sabe. Atribúyeno algunos á que en ella se depositaban los tesoros que de la opulenta América llegaban, cuando Sevilla era el centro de nuestra navegación y comercio con aquellas apartadas regiones: mas para sostener esta explicación, fuerza sería olvidar de todo punto la historia de nuestra patria. Harto sabido es que don Pedro el Cruel encerró en la *Torre del Oro* á doña Aldonza Coronel, muger de don Alvar Pérez de Guzmán, después de haberla sacado por violencia (de la cual no se mostró ella tan sentida como á su honra conviniera) del convento de Santa Clara, adonde volvió, después que, rendida enteramente al gusto de su amante, hubo sucedido en este el fastidio al ardor caprichoso de un momento, y terminó sus días, lavando con la penitencia del claustro los desvarios del mundo y de la juventud, y llorando con lágrimas amargas la suerte que á ser *dama* de un monarca la había condenado.

Ortiz de Zúñiga, en sus *Anales de Sevilla*, refiere que al tomar posesión san Fernando de esta ciudad, por capitalación con los moros, hizo ocupar la *Torre del Oro* por el infante de Molina.

A muy corta distancia de ella fondeó el vapor y desembarcamos.

RECUERDOS

Del sitio de la ciudadela de Amberes por los franceses en 1832.

(FRAGMENTOS.)

NOCHE DE ASALTO.

Deseoso una vez de gozar del imponente espectáculo de una noche en la trinchera, espectáculo de que, ni aproximadamente, puede formar idea el que no lo haya presenciado, no regresé á mi alojamiento... Era, si no me engaña la memoria, el 13 de diciembre. La noche era sumamente oscura: la atmósfera bochornosa, el fuego redoblado. Nada faltaba, en fin, al horror de este espectáculo.

Después de haber pasado por el camino cubierto del fuerte de Montebelo y dejado á mi derecha la batería núm. 2, entro en los ramales que conducen á la tercera paralela en que se trabaja con ardor. El cielo se ve iluminado á cada paso por continuos relámpagos: un vivo reflejo precede siempre algunos minutos á cada explosión. Las bombas surcan en todos sentidos la oscura bóveda del firmamento con un silbido infernal, como estrellas de fuego, dejando en pos de ellas un largo rastro luminoso: y si revienta alguna en el aire, se ven brotar de repente brillantes ráfagas de luz como en un fuego de artificio. En medio del silencio de la noche retum-

ban las explosiones de un modo espantoso; frecuentemente las repite el eco diferentes veces, sobre todo cuando algun proyectil repleto de materias volcánicas cae y revienta en medio de los edificios.

¡O vosotros, cuya sensibilidad está ya completamente embotada, como la de un paladar abrasado por manjares ardientes y licores de fuego; vosotros que buscáis en vano emociones de que no es susceptible vuestra estéril alma! Aquí las hallaríais, no lo dudeis, y hablo violentas en verdad; porque, como ha dicho muy bien un hombre de talento, en este drama no se ve lo que en los del teatro: aquí no vuelven á hacer papel mañana los muertos de hoy.

Y vosotros, autores, cuya imaginación cadavérica no sueña sino en puñales y sepulcros, ¡qué lástima que no os halleis aquí! No os habrían faltado inspiraciones, tintas para los cuadros mas sombríos: habríais bebido en un manantial inagotable de horrores....

Llegado á las brigadas de trabajadores los veo cubiertos de lodo, con agua hasta la pantorrilla y sudando á mares, cavando con tesón la parte de trinchera que les ha sido señalada: es preciso que antes de amanecer esté en estado de cubrir las tropas á quienes se confie su custodia. Un oficial de ingenieros, con unas enormes botas de cuero, embozado en un capote de hule y con la pipa en la boca, dirige estos trabajos.

Un poco mas lejos, en la *cabeza de la zapa*, donde es el riesgo mas inminente, cruzándose sobre este punto el fuego vivísimo de la ciudadela, los zapadores armados de coraza y casco, cubriéndose lo mejor que pueden con sus colosales gabiones, bosquejan, por decirlo así, la trinchera. Las balas llueven como granizo en derredor de ellos y se aplastan á veces en sus espesas corazas: las de cañon arrebatan los gabiones, la metralla los hace trizas, la sangre se mezcla con el fango de las trincheras.... todos callan y no se interrumpe el trabajo ni un instante.

En este parage que á cada momento es el teatro de alguna catástrofe se ve sentada en un haz de ramas secas una muger con sombrero de hule, vestido de paño azul y pantalon colorado como los de la tropa. Sobre las rodillas tiene un gran canasto, y no cesa ni un instante de animar á los soldados con sus palabras y aun mas eficazmente con algunos tragos de aguardiente, apresurándose á dar los primeros socorros á los heridos. Es para estos un ángel tutelar.

Al acercarme á la luneta de San Lorenzo veo en las trincheras una cantidad prodigiosa de faginas y gabiones. Algunas compañías de preferencia esperan silenciosas la orden de ponerse en movimiento, y los oficiales de estado mayor se cruzan en todos sentidos con una frecuencia que presagia alguna cosa extraordinaria. Por lo demas, nadie ignora que ya hace dos dias que los zapadores en-

terrados en el ángulo saliente de la luneta la están minando, y se sospecha que la obra debe estar ya concluida ó próxima á su fin. Todo anuncia que no tardará en darse un asalto.

A eso de las tres y media de la mañana se siente en toda la trinchera un movimiento retrógrado, y tengo que retirarme muy adentro de la segunda paralela. No permanece nadie en las cercanías de la luneta: acaba de encenderse la mecha de la mina.

Se cuentan con ansia los instantes. Pasa un cuarto de hora; veinte minutos; media hora.... ya se acerca el momento crítico.... algunos segundos mas, y es cosa hecha. — Dan las cuatro y resuena una explosión. No parece violenta, pero sin embargo ha producido su efecto. — Algunos oficiales de estado mayor se precipitan hácia el fuerte, y la infantería se pone en movimiento detras de ellos con un sordo rumor. — En esto suena otra explosión parecida á los cohetes de un fuego de artificio: acaba de volarse un depósito de granadas.

El camino cubierto de la luneta y parte de las trincheras se hallan anegados: la conmoción ha sido tan violenta y tan profundo el estremecimiento, que el agua del foso ha rebosado, estendiéndose á bastante distancia. Se han desgajado algunos trozos enormes de la muralla, y el lienzo, antes tan terso y formidable, aparece quebrado como si dos montañas se hubiesen desplomado sobre él.

Inmediatamente se emprende con ardor la recomposición del puente de faginas que se habia echado sobre el foso y que se ha hundido en partes con los escombros de la brecha.

Sin embargo, parece que los holandeses no sospechan nada: no han notado aun el efecto de la mina, que para ellos se ha confundido con el sin número de explosiones que en derredor de su fuerte y dentro de él se suceden sin interrupción. ¡Desgraciados! ignoran que bajo sus piés se halla el infierno; que la tierra que pisan acaba de ser desgarrada por un volcan cuyo cráter abre el paso á sus enemigos.

Ya se acabó el puente: ya crujen las faginas al peso de los granaderos: ya asoman estos en el alto de la brecha.... Suenan de repente algunos tiros: los sitiados conocen, aunque tarde, el riesgo que los amenaza, y entonces se presenta desnudo á sus ojos todo el horror de su situación. La retirada no es posible, porque los sitiadores ocupan la gola de la luneta: sus bayonetas han derribado cuanto ha querido oponerse á su paso.

«¡Perdon! franceses, ¡perdon!» claman algunas voces, y todos los holandeses lo imploran de rodillas. El combate cesa y la humanidad triunfa.

La nueva de este suceso se esparce por el campamento frances con la rapidez del relámpago. La vanguardia holandesa sucumbió ya: el único obstáculo que impedía á los franceses que se acercasen á las murallas de la plaza ha desavorecido. Pronto sufrirá igual suerte la ciudadela.

ULTIMO COMBATE.

Ya se habia firmado la capitulacion : solo faltaba la ratificacion de algunos de sus articulos por el rey de Holanda , y un batallon frances estaba en posesion de una de las puertas de la ciudadela. La noche iba cerrando por instantes , y yo regresaba á paso lento de las trincheras á la ciudad , taciturno y melancólico , sin saber en realidad por qué , y experimentando una sensacion singular que me seria sumamente dificil describir. Desde que habia cesado el estruendo de la artilleria se me figuraba que le faltaba alguna cosa á la naturaleza : y no es esto de estrañar , si se considera que en efecto acabábamos de pasar de un extremo á otro , del movimiento y bullicio de los combates á la paz y al silencio de las tumbas.

Al entrar por la puerta de Malinas salió á mi encuentro un capitán belga amigo mio , á quien acababan de dar la órden de que se hallase en el muelle con su compañía y algunas otras mas á cierta hora de la noche : se temia que la flotilla holandesa , que no estaba comprendida en la capitulacion , tratase de evadirse á favor de las tinieblas. Testigo personal de los principales incidentes del sitio , no quise dejar de presenciar este que , segun todas las probabilidades , debia ser el último de todos , si bien el primero y único en su género.

Transladéme , pues , al punto de reunion á eso de las diez de la noche. El muelle estaba cubierto de soldados belgas , erizado de piezas de artilleria y guarnecido de centinelas , que se paseaban sobre el parapeto construido durante las hostilidades para dominar el rio. Reinaba un silencio universal , interrumpido únicamente por el rumor que siempre se desprende de las reuniones considerables de hombres , por el murmullo del agua que azotaba las paredes del muelle y resonaba á lo lejos como el zumbido del viento en una alameda , y finalmente , por el ronco son de las cadenas de tal cual barco amarrado á la orilla , que se mecía á compas. Delante de nosotros , el magestuoso raudal del Escalda , formando horizonte por muchos lados : á nuestra espalda , la ciudad oscura y silenciosa , sin mas luz que la que en sus tejados derramaba la luna , sin mas ruido que el ladrido de algunos perros , el *¿quién vive?* de los centinelas , y la armoniosa orquesta de campanas con que el reloj de la catedral advertia á los habitantes el curso perezoso de las horas. Esta música , que es tan general en los relojes de las iglesias del norte , tiene , oída de lejos , un misterio y un encanto estraordinarios. Cuando en medio del estruendo de la artilleria llegaban á nuestros oidos aquellos sonos vagos y al parecer inconexos , pero al mismo tiempo tan armoniosos , débiles unas veces é imperceptibles como el murmullo del viento en una flor , sonoros y vigorosos

otras , segun los caprichos del aura ; al oír aquella música , solemne como la torre gigantesca de que se exhalaba , no podia menos de elevarse nuestra imaginacion á las regiones celestes , de las cuales parecia desprenderse aquella armonia , como el canto de los ángeles alabando al Señor é implorando el perdon de los que á sus piés fecundizaban la tierra con su sangre....

Largo rato habiamos esperado en vano , y ya empezabamos á dudar que se realizase la tentativa anunciada , cuando de repente nos pareció distinguir en medio del rio un cuerpo opaco que se recortaba sobre el reflejo plateado de la luna. Todos los ojos se clavaron en él , y aun dudaban muchos todavia , cuando una voz sonora gritó cerca de nosotros : ¡ Soldados ! ¡ apunten ! fuego ! ! — y un centenar de balas de fusil saludaron con sus silbidos infernales la lancha holandesa , que resbalaba sobre el agua con la rapidez de una saeta. Las baterias del muelle le hicieron inmediatamente sus saludos , pero en vano , porque , avistada demasiado tarde , se perdió poco despues en las tinieblas. Sin embargo , hallándose aun el resto de la flotilla enemiga delante de la *Cabeza de Flandes* (1) , se tomaron nuevas disposiciones para divisarla á tiempo y disputarle vigorosamente el paso. Pero el comandante de la marina holandesa , Koopman , no tuvo por conveniente esponer su escuadra y sus tripulaciones á los azares de un combate desventajoso para él , bajo todos conceptos.

Ya llevaban los belgas algunas horas de la mayor vigilancia , sin que ninguna sombra manchase la superficie tersa y plateada por intervalos del Escalda , y no se sabia generalmente qué pensar , cuando un reflejo de fuego llamó nuestra atencion del lado de la *Cabeza de Flandes*. Poco despues , las llamas que vimos lanzarse á las nubes nos anunciaron que la flotilla holandesa habia sido incendiada.

Magnífico espectáculo se ofreció entonces á nuestra vista. Hechos ascuas los mástiles se cimbreaban en el aire como árboles de fuego , hasta que , roída su base por la llama , cedían á su pesadumbre , quebrándose al caer en mil pedazos como si fuesen de vidrio , y zumbando con violencia al sepultarse en el agua. Una luz vivísima bañaba algunos edificios de la *Cabeza de Flandes* , quebrándose en mil reflejos sobre sus vidrieras ; y en medio del resplandor se paseaban como sombras siniestras y de mal agüero los holandeses , que , prefiriendo que su escuadra fuese pasto de las llamas , á pasar por la ignominia de que se apoderasen de ella los franceses sin perder un solo hombre , contemplaban con una alegría feroz su flotante domicilio devorado por dos opuestos elementos.

Al cabo de cierto tiempo resonaron sucesivamente algunas detonaciones , volaron los tizones por el aire , desapareció la llama y la naturaleza toda volvió á su acostumbrada tranquilidad. Entonces cada cual regresó á su alojamiento.

(1) Fuerte situado en la orilla opuesta del Escalda enfrente de la ciudadela.

Hasta aquí las armas : en adelante solo debian trabajar los protocolos.

NOVELA.

PAMPLONA Y ELIZONDO.

I.

La gente hervia en el glacis de la ciudadela de Pamplona y en los alrededores de la deliciosa *Taconera*, contemplando con admiracion el porte marcial y la franca alegría de los soldados de una brigada que salia al encuentro de las bandas rebeldes. El sol brillaba con todo el esplendor de que es susceptible en una mañana de mayo, quebrándose en mil reflejos sobre el acero bruñido de las armas, y derramando sobre toda la naturaleza ese vapor transparente y dorado que solo se ve en los climas meridionales. Las músicas militares, á que por momentos se unian los tambores y clarines, completaban el prestigio de este espectáculo.

Veianse entre los curiosos personas de todas condiciones, sexos y edades, fisonomias animadas á la verdad de bien opuestos sentimientos. Brillaba en unas la alegría mas sincera; en otras se notaba una frialdad no disimulada, y en no pocas, especialmente en la gente vestida de negro y en el populacho, se divisaba á veces una sonrisa irónica, que un observador algo sagaz hubiera podido interpretar de este modo : « Bellos uniformes, ¡ vive Dios! lucidas armas, que vendrian de molde... : pero no hay cuidado, con algunas se quedarán, y puede que algun dia... »

Junto á la puerta de San Nicolas, en medio de un negro y tormentoso mar de apiñadas cabezas, descollaba, como un pequeño promontorio, un coche de asaz anticuada estructura, que contenia cinco personas (mas bien diriamos cuatro y media) cuyos trajes y modales revelaban una existencia, sino brillante, al menos algo mas que regular. Una señora como de cuarenta años, de facciones en extremo dulces y respirando mansedumbre, con un sombrero amarillo de tamaño algun tanto exagerado y de forma aplastada por el estilo de una inmensa visera, ocupaba el lado derecho del testero. En el otro estaba una jóven que no habria cumplido aun cuatro lustros, de facciones no menos dulces que su madre, aunque no de una exacta regularidad, vestida con mucho gusto, y elegantemente prendida en la cabeza una mantilla blanca. Al vidrio, en frente de ella, un jóven de veinte y cinco ó veinte y seis años con unos bigotitos sumamente recortados y perfilados de cada lado de la nariz, á guisa de dos pinceles, el pelo rizado y el sombrero montado á caballo en la oreja derecha. El cuarto asiento, y aun algo mas de lo que en buena reparticion le cabia, lo llenaba un caballero de alta estatura, vientre henchido, cabeza pequeña, calva y redonda como una manzana,

carrillos abultados y cubiertos de un brillante barniz de color bermejo y recortados por el cuello duro y almidonado de la camisa, que, de cada lado, pasando con dificultad por debajo de las orejas, se lanzaba como dos murallas hasta los confines de la boca. Este buen señor, simbolo parlante de la buena vida, tenia entre sus piernas al quinto personaje, que dijimos podria calificarse de medio, á saber, un niño de diez años, que de pié al lado de la portezuela se entretenia en hacer el ejercicio con el baston del respetable caballero, amenazando á cada paso sus ojos con la punta, é hincando con frecuencia los agudisimos codos en el vientre algo protuberante en que en todas sus evoluciones tropezaba, con visible desazon del buen señor.

Pasaron primero dos batallones de la guardia; luego dos del ejército, la artillería, los bagajes, y finalmente alguna caballeria y un batallon de infanteria ligera.

Al llegar este último, el niño, que hasta entonces no habia hecho otra cosa que hostilizar el vientre de su tio (que tal era) y tocar la trompeta en un cucurucho de papel, cuadrándose con una imponente seriedad siempre que pasaba algun jefe exclamó, interrumpiendo de repente su música militar : ¡ Ay! mamá, allí viene don Eduardo. Dime; ¿ es cierto que se va? »

— Si, hijo mio, contestó la señora que ya conocemos : y en verdad que es una calaverada, porque aun no está completamente restablecido de su herida, y el dia menos pensado va á tener que quedarse en un lugarcillo cualquiera, ó en una miserable borda (1). Pero estos muchachos tienen las cabezas como molinos de viento, tan pronto giran á un lado como á otro, tan pronto dicen si como no....

— Pero ¿ no te estarás quieto, Perico? — prorumpió con impaciencia el colosal caballero, á quien hacian sudar copiosamente las involuntarias hostilidades del muchacho...

La señora prosiguió : — Aun no hace una semana que Eduardo me dijo positivamente que todavia permaneceria en Pamplona por lo menos un mes, que es lo que, segun el cirujano, necesita para curarse enteramente : pero al dia siguiente supe que ya estaba haciendo preparativos de viaje. Yo no puedo adivinar cual haya sido la causa de tan repentina mudanza. — La jóven se puso sumamente encendida. — La madre continuó : Me lisonjeo de que no podrá quejarse del trato que en nuestra casa ha recibido, porque, aunque hubiese sido hijo mio, es bien seguro que no hubiéramos hecho mas. Eso sí, el pobre jóven lo merece todo. ¿ Te acuerdas, Isabel, del estado en que llegó, pálido, cubierto de sangre y sin fuerzas siquiera para hablar? »

La jóven no contestó : bajó los ojos y un instante despues los le-

(1) En las montañas de Navarra llaman *bordas* á las chozas en que se recoge el ganado.